

Atlas no me atrae nada. Que otros lleven en sus espaldas el peso del mundo.

Lisandro Otero: *La situación*

Entre las líneas más célebres de Don Draper siempre recordaré aquella que enuncia como principio esencial de la Publicidad: «If you dont like what's being said; change the conversation»¹ El arte, tal y como lo concibe Lorena Gutiérrez (La Habana, 1987), se trata exactamente de lo contrario. Para ella, existe una dimensión alterna donde guardamos nuestros silencios; una suerte de Área 51 donde reside aquello que nos avergüenza, nuestros tabúes sociales más elaborados. Su trabajo es develarlos, recordarnos sin piedad el polvo oculto bajo la alfombra.

Aunque, desde sus inicios, Lorena es una artista de poética inaprehensible, de estéticas diversas; su obra tiene marcas de nacimiento inequívocas. Como pocos de su generación, mantiene una secuencia inviolable de piezas que cuestionan una y otra vez los contornos de aquello que nos ha sido vendido como *status quo*. Recuerdo, por ejemplo, cuando en el Museo Nacional de Bellas Artes (MNBA) nos hizo caminar con cautela por la sala de los 60, sortear trampas de cazadores frente a las ruinas gloriosas de una década angustiada (*Soliloquio del zorro*, 2013). Luego, con su obra *El estado de necesidad* (2014) llevó al paroxismo el modelo de la comunicación de Roman Jakobson, al adaptarlo a nuestros sistemas burocráticos. El resultado fue una intervención hipertrofiada, distribuida interminablemente por las paredes de la Fototeca de Cuba. Más adelante, *Upperworld* (2015) consistió en una acción que, usando los códigos del marketing publicitario, creaba un espectáculo donde era permisible confesar/exhibir (al menos simbólicamente) crímenes “de cuello blanco”; un gesto sutil y estéticamente complaciente, que revelaba más de lo que muchos quisiéramos admitir que sabemos. Finalmente, con *El club de los intocables* (2016), extendió un escenario en el que un escuadrón de juguetes de plomo era aderezado con los diseños más aristocráticos de Chanel. Los otrora soldados y generales, habiendo cambiado sus armas por bastones y sombreros, socializaban cómodamente en la seguridad de su aislamiento, sabiéndose dueños de todo cuanto alcanzan a ver sus ojos.

Evidentemente, Lorena esquivada el performance de plaza. Prefiere el disenso, indagar en el problema que causa el problema. Le fascina esos desdoblamientos del Poder que – parafraseando a Foucault– no están en «el cuerpo social», sino en su hipodermis; los mismos que rigen la cotidianidad de los hombres, su *hic et nunc*.

*Óxido*², su más reciente exposición, da continuidad a esta línea de trabajo. Ya desde la entrada a la sala «El vacío de mi reflexión» (2016) nos atrapa sin remedio. La pieza se divide en dos cuerpos inversos de texto (negativo y positivo) con distancias evidentes. De

¹ Matthew Wiener: *Mad Men*, 2007-2015, AMC. Una traducción posible sería: “Si no te gusta lo que hablan de ti, cambia el tema de conversación”.

² Galería La Acacia, La Habana, nov-dic 2016.

ilegibles y oscuros tipos metálicos, formados geoméricamente como un ejército regular, proviene una impresión con pigmentos dorados que, aunque estéticamente mucho más complaciente y libre, es igual de indescifrable.

Para entender «El vacío...», pensemos en un guardia de seguridad, ese que vive no del salario que le pagan por custodiar una fábrica, sino del que gana por hacer exactamente lo contrario. Pensemos en la prensa cubana, en el volumen de ésta dedicado a visitar una y otra vez nuestra archiconocida Historia; mientras descuida noticias de mayor inmediatez. Más allá de cualquier referencia, creo que esta obra nos lleva a cuestionarnos la existencia de esas estructuras que perviven al margen del objetivo con que fueron concebidas; un patrón que paulatinamente se ha ido escurriendo de la periferia, hasta colocarse en el centro del canon social de nuestros días.

«¿Dónde están los héroes?», por su parte, es una instalación de 99 paneles abstractos, compuestos por diversos diseños de barras horizontales y verticales, que responden a la forma de 99 condecoraciones militares. La obra, lejos de los accesos vacuos que plagan la abstracción contemporánea, me remitió casi al instante a sus bases primigenias: relaciones directas entre arte y vida.

Me refiero a la Segunda Guerra Mundial y Pollock, a Malevich y su evasión a ultranza; tiempos donde la abstracción no era un mal chiste sobre facilismos o una argucia para evadir la falta de academia, sino un paso necesario en la Historia del Arte. En el caso de esta obra, el patrón representado habla de acumulaciones históricas, de una poética militarista proveniente del pasado, que, contra todo pronóstico, se resiste a abandonar nuestro presente y, al parecer, el futuro.

Por eso, cuando Lorena se/nos pregunta “¿Dónde están los héroes?” resulta casi directa la asociación que establecemos con una tradición nacional obsesionada con su trascendencia física a toda costa. Sabemos que han existido, porque nos falta la amnesia histórica. Sin embargo, se ha instaurado un conflicto en la propia noción actual del héroe, en su esencia. Ante todo, quién sería realmente: ¿El guerrero, el ser excelso, el hombre nuevo, el villano? La saturación del canon nos hace cuestionar su propia existencia. Y es que ya pocos creen, o se interesan en poner rostro a tal distinción. Huntington, analizando la construcción de identidades nacionales, menciona la necesidad de «nuevos sistemas de imperativos morales que pudieran dar la sensación de una vida con significado y propósito»³. Lorena, desde su postura, advierte una ausencia de intención, una carencia de significado; un vacío dentro del propio vacío en el que ya había caído la representación del mito.

Justo frente a la pieza, «Patrón 0» es el complemento perfecto. Sus formas son semejantes, sólo que, en este caso, la obra ha sido bordada con hilo de poliamida, no pintada sobre lienzo; y su escala es drásticamente menor. Ante todo, el diálogo surge a partir de la

³ Samuel Huntington: *The Clash of Civilisations and the Remaking of the World Order*, 1996. Citas de la edición polaca: *Zderzenia cywilizacji*, Varsovia, Muza S.A., 1997, pp. 132 y 133. Citado en Bohdan Dziemidok: “La expresión artística de la identidad cultural nacional”, en *Denken Pensée*, Vol 1, Selección Desiderio Navarro, Colección Criterios, La Habana, pp. 69-86.

reiteración de una imagen casi idéntica, de los reflejos de la primera en el vidrio de la segunda. «Patrón 0» parece ser la génesis de todo, la matriz proyectada como en un cine, magnificada en una gran interrogante. Desde su marco dorado, desde su “club de los intocables”, parece decirnos: ¿Esto es lo mejor que podemos hacer?

A grandes rasgos, la exposición, como casi todo el trabajo de Lorena hasta la fecha, se trata de detectar una inquietud, una ausencia, y descomponerla en fragmentos de *verdad*, en símbolos. *Óxido* habla de discursos obsoletos, de mitos de una estética militarista. Plantea un escenario donde la desidia se esparce como el viento; un pueblo fantasma en el que el actor principal ha desaparecido bajo dunas de arena.

Por otro lado, creo que su obra va más allá de denunciar o ironizar sobre la estética milagrosa de nuestro sistema social. Milton Glaser, para separar el diseño del arte, sostuvo alguna vez que «el diseño acomoda a un público con un cliente», mientras que «el arte tiene que ver con transformar al que mira, con hacerle ver el mundo de otra manera»⁴. Y, de cierto modo, a eso aspira Lorena Gutiérrez, a intervenir la forma en que su público concibe el mundo, a hacerlos mirar a zonas en donde nunca antes se hubieran fijado.

Para ella, Cuba es un lienzo inagotable, una verdad de mil rostros con los que constantemente conversa. Su camino no es el de la introspección o el intimismo, pues sabe que la realidad sigue ahí; y justo ahora nos está golpeando el parabrisas con un bate de aluminio. Sabe que en estos tiempos exige nuestra atención más que nunca, y está dispuesta a ayudarla.

⁴ Milton Glaser en entrevista “Milton Glaser: Diseño y arte son asuntos distantes” a Anaxu Zabalbeascoa en <http://elpaissemanal.elpais.com>.